

EL EPISTOLARIO DE FRANCIS DE MIOMANDRE*

Antonio Lorente Medina
UNED

Innumerables son las dificultades que encuentra el estudioso de las letras hispanoamericanas para el conocimiento de sus fuentes, pues a las de cualquier literatura nacional, ha de añadir las que surgen como consecuencia de las características intrínsecas de la realidad hispanoamericana extraliteraria. Sus dimensiones desmesuradas y su actual proyección universal, de una parte; sus condiciones de subdesarrollo, con las secuelas subsiguientes de desorganización e incomunicación entre los diversos países que la componen, de otra; y la diáspora del intelectual hispanoamericano producida por el exilio voluntario o forzoso, producen una multiplicidad de posibilidades o lugares de publicación que sobrepasan, con mucho, los recursos del investigador. Urge, por tanto, la catalogación de los fondos documentales de bibliotecas, archivos y hemerotecas —comenzando por los existentes en España— y su divulgación, como base para la realización de estudios futuros que completen, ratifiquen o rectifiquen los meramente estéticos, con la iluminación de aspectos que, si son externos a la obra literaria, resultan necesarios para su interpretación más cabal.

A esta necesidad primaria pretende responder el presente trabajo, modesta aportación al enriquecimiento de nuestros conocimientos de la literatura del siglo xx¹.

* Este trabajo fue leído en las *II^{as} Jornadas Hispanoamericanas* de La Rábida, (mayo de 1982). La eterna paralización de las *Actas* en que iba a ser publicado me impele a retirarlo de las mismas.

¹ Agradezco la información y cuantas facilidades me ha ofrecido mi buen amigo Manuel Sánchez Mariana, director de la sección de Manuscritos, de la Biblioteca Nacional de Madrid.

El título de la misma nos indica ya sumariamente su contenido. Se trata de más de un centenar de cartas de diversos autores hispanoamericanos que abarca un período de tiempo de treinta y dos años (1927-1959), entre los que destacan nombres como Enrique Amorim, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Carlos Droguett, Oliverio Girondo, Juana de Ibarbourou, Enrique Larreta, Gabriela Mistral u Horacio Quiroga, dirigidas a Francis de Miomandre².

Evocar aquí la figura de este gran novelista, poeta y ensayista francés, a quien tanto deben las letras españolas e hispanoamericanas,³ excedería los límites de estas páginas. No obstante, es obligado señalar su incansable actividad como traductor y crítico literario, a través de diversas revistas francesas (*Les Nouvelles Litteraires*, *Hommes et Mondes*, *Cahiers du Sud*); su preocupación por introducir a diversos autores hispanoamericanos en el reducido círculo de colaboradores de dichas revistas; sus contactos permanentes con Hispanoamérica —fundamentalmente con el Río de la Plata y Cuba⁴—; sus continuas colaboraciones en diversos periódicos de la región (*La Nación*, y, sobre todo, *Clarín*, a partir de 1956); y su cálido magisterio, ejercido desinteresadamente a lo largo de los años, y del que es buena muestra este epistolario.

Tres son las actitudes observadas por los autores, motivo de nuestro interés, en su correspondencia con el erudito galo:

- 1) de trato cariñoso y cordial, reflejo de una gran familiaridad —cual es el caso de Enrique Amorim, Eduardo Avilés o Lydia Cabrera—. Baste recordar, al respecto, el tono con que encabeza la última de los citados sus dos cartas: “Mi queridísimo Pan-

² Entresaco de la caja Ms./22.161 solamente las cartas de autores hispanoamericanos, desestimando las importantísimas de españoles, franceses, ingleses, etc.

³ Para observar rápidamente la amplitud y riqueza de la obra poética de Francis de Miomandre, basta con consultar el largo centenar de las existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid, que constituyen las cajas cuyas signaturas abarcan desde el Ms./22.143 hasta el Ms./22.156.

⁴ Una muestra clara de sus permanentes contactos, nos la ofrece —al margen de las continuas referencias de nuestro epistolario— el catálogo de ventas de la *Collection Francis de Miomandre*, publicado en París, Librairie Georges Andriens, 1934, que se compone de varios centenares de fichas, entre las que destaco las ediciones ‘princeps’, con dedicatorias autógrafas, de Manuel Gálvez, Ventura García Calderón, Ricardo Güiraldes, Augusto D’Halmar, Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Carlos Reyles y Rodolfo Usigli. En cuanto a sus contactos cubanos, sobresalen Lydia Cabrera, Francisco Ichaso, Emeterio Santovenia y todas las personalidades que organizaron el Congreso de Escritores Martianos, celebrado en La Habana en 1953, con motivo del Centenario de Martí. Para recrear lo que fue este congreso, aconsejo la caja de signatura Ms./22.165.

chito”; 2) de trato deferente y respetuoso, en el que se resaltan la calidad de sus traducciones –Juana de Ibarbourou, Gilberto Gaetano Fábregat, Alejo Carpentier, Enrique Larreta, Horacio Quiroga, ...–, o las deudas contraídas con su obra o con su crítica (Alejo Carpentier); y 3) de dependencia por su reconocido magisterio –Carlos Droguett o Juan Pablo Echagüe.

Citemos, por señalar un ejemplo, la deuda contraída por Carpentier con Miomandre, a propósito de su crítica literaria, explicitada en su primera carta, de enero de ¿1953?:

“... gracias (...) por el artículo de *Les Nouvelles Littéraires* que me incluye (...), y que enjuicia tan generosamente, ampliándolos, algunos conceptos vertidos en el prólogo de *El Reino de este mundo*”. (fol. 2).

Y en su segunda carta, fechada también en Caracas, el 25 de marzo de 1954, dice, refiriéndose a *Los pasos perdidos*:

“Nadie hasta ahora, había llegado más al fondo de mi novela; nadie la había interpretado en sus intenciones más recónditas, con semejante lucidez. Ha visto usted en ella lo que en ella he querido poner.”

Sin más preámbulos entramos en el análisis del epistolario.

En aras de presentar su contenido de manera ordenada y amena, lo hemos dividido en tres apartados fundamentales, que nos permiten avanzar por la informe balumba de datos suministrados por los autores: I) noticias sobre las traducciones de obras o sus condiciones económicas; II) noticias autobiográficas; y III) noticias sobre sus obras o sobre obras contemporáneas a las suyas.

I) El grupo más numeroso lo constituye el relacionado con las traducciones de obras –ya giren alrededor de los problemas técnicos planteados, ya alaben lo perfecto de su ejecución–, y con las condiciones económicas que originan, y las situaciones que de ellas se derivan. Hay un amplio espectro que permite contemplar desde el tono receloso y dolorido de Amado Blanco, hasta el cordial y afectuoso de Lydia

Cabrera o Juan Pablo Echagüe, sin olvidar los que emanan del carácter laborioso de los trámites burocráticos, de las que son buenos ejemplos las cartas que Hugo G. Barbagelata envía a Miomandre, entre noviembre de 1951 y agosto de 1952, para explicarle las múltiples peripecias por las que pasó el proyecto de traducción de *Ariel*. Este aspecto está presente en casi todas las cartas.

II) Mayor importancia tiene, desde el punto de vista literario, el segundo de los apartados. Las noticias autobiográficas, desperdigadas por todo el epistolario —muchas veces entre líneas—, ofrecen retazos de la vida de los autores, teñidos de fuerte subjetividad. El conjunto constituye un inventario en el que tienen cabida las noticias más dispares: accidentes sufridos; necesidades económicas por las que atraviesan; hallazgos que enriquecen sus obras poéticas; admiración manifiesta por la cultura francesa; reflejos indirectos de sus ideologías o de sus caracteres; conexiones entre los diversos autores; interpretaciones subjetivas de la realidad política en que viven; o sus problemas de publicación en un medio mediocre y hostil que los asfixia.

A continuación destacamos tres de ellos, como muestras del interés que pueden ofrecer al crítico.

II.1.- Hallazgos que enriquecen la obra de un autor: la crítica ha reconocido que en *Los pasos perdidos* están presentes unos hechos que constituyen experiencias vitales de honda raigambre humana y que, en tal sentido, esta novela puede ser considerada como una “novela-testimonio”. El mismo Carpentier afirmó que su viaje al Orinoco marcó un hito en su labor como novelista⁵. Pues bien, en la carta dirigida a Miomandre, el 21 de enero de ¿1953? ya anticipaba el impacto que la selva virgen causó en él y el cambio de orientación de su novelística:

“En estos últimos años, no obstante, he hecho un descubrimiento que me ha aliviado bastante de angustias, dándome nuevas esperanzas: el descubrimiento de la selva virgen, de la naturaleza virgen, de regiones maravillosas, prodigiosas de este planeta —como la gran selva del Alto del Orinoco, como la Gran Sabana de Venezuela— donde, sin duda, vivirán, en el futuro, hombres más cuerdos que los de nuestra genera-

⁵ “Habla Alejo Carpentier”, en *Alejo Carpentier*, La Habana, Las Américas, 1977 (Serie “Valoración Múltiple), p. 22.

ción (...). Cada viaje a la selva, a la Gran Ciudad Vegetal de la Selva, (...), me enseña a vivir con más simplicidad, a estimar más las grandes cosas esenciales de la vida; me enseña que el hombre, en realidad, necesita de muy pocas cosas para *sentirse a sí mismo con mayor intensidad y profundidad...*⁶

A continuación Carpentier se detiene a describir algunos rasgos desmesurados de la selva virgen y aclara que todos estos temas los está desarrollando en un libro de próxima aparición. El libro, no hace falta decirlo, es *Los pasos perdidos*, pero no es éste su título, sino *Las vacaciones de Sísifo*.

II.2.- Admiración por la cultura francesa: en diversas ocasiones encontramos afirmaciones rotundas de francofilia, por parte de los escritores hispanoamericanos. Algunas no pasan de meros lugares comunes en torno a “la Francia del espíritu” y la deuda de Hispanoamérica con la cultura francesa. Tal es el caso de lo escrito por Enrique Amorim (1955), Eduardo Avilés (1955) o Enrique Larreta, quien considera que Francia “a atteint la cima de toutes les gloires de l’esprit, comme jamais aucune nation dans l’histoire.” (Carta del 20-II-50; fol. 2.)

Pero junto a éstas se dan otras, referidas por lo general al período de la Segunda Guerra Mundial –y más exactamente al año 1940–, que profundizan en el significado de la cultura francesa. Así la larga contestación de Juan Pablo Echagüe a la encuesta que le envió *Les Nouvelles Littéraires*, transparenta un amor exaltado hacia la cultura, la tradición y la historia de nuestro país vecino, y lo hace extensivo a todos los argentinos. Dicha contestación puede ser matizada, teniendo en cuenta el contexto para el que se escribió –la Europa beligerante–, pero representa un índice claro del prestigio de lo francés y su supremacía en la región rioplatense, y, en el caso de Echagüe, una confesión manifiesta de los autores que ejercieron alguna influencia en su formación de escritor (Pascal, Montaigne, Hugo, Dumas, Verne, Paul Groussac, Anatole France y Maurras):

“En la Argentina, la influencia francesa sobre la orientación de los espíritus, dura y se prolonga desde hace muchos años. Nos ha acompañado y orientado, desde los días difíciles de nuestra revolución, a tra-

⁶ El subrayado es del propio Carpentier.

vés de todas las fases evolutivas del país, sin olvidar la hora turbia de la tiranía, en la cual se nos negaba, entre otros derechos, el de ser cultos e ilustrados. Con toda razón nos volvimos entonces hacia la heredera natural de todas las tradiciones de cultura” (fol. 3).

Y más adelante:

“Todos los argentinos siguen de cerca el movimiento literario francés, y sus libros de cabecera van siendo, sucesivamente, los últimos de los autores más en boga. Seguimos así con interés, todos los latidos del pulso intelectual francés.” (fol. 5).

E idéntico tono presenta el artículo de Ortiz de Montellano, o la contestación de Enrique Amorim (Carta del 1-I-40):

“En el actual conflicto europeo, la totalidad de América Latina, con sus escritores que recogen el pensamiento continental, está aguardando la lección nunca equivocada de la Francia inmortal (...) La Esperanza francesa, es la Esperanza nuestra. La Lucha de los franceses, es nuestra lucha (...). Sus libros son la base de nuestra cultura como son las voces de sus escritores, el eco de sus afirmaciones, una pauta para la formación de nuestras voces.”

II.3.- Notas íntimas en torno al carácter de los escritores:

Las cartas, por su índole confesional, constituyen un rico venero para descubrir aspectos de la personalidad de los autores que, difícilmente, podríamos conocer de otra manera, y completar datos objetivos que integran, simultáneamente, sus biografías. El epistolario, motivo de nuestro análisis, no constituye una excepción. Así a través de cartas —como la de Juana de Ibarbourou, por citar un ejemplo⁷— podemos vislumbrar rasgos psicológicos que los caractericen: el papel que utiliza Juana de Ibarbourou, por su color y su formato⁸, denota exquisitez y

⁷ Se podrían aducir muchos ejemplos que omito, en aras de evitar prolijidad. Con todo, subrayo las cartas de Carlos Droguett que, por su número, su extensión y la cuantía de datos que ofrecen, me parecen las más importantes.

⁸ Aún se perciben más detalles, como la aparición de sus iniciales cruzadas en el margen superior izquierdo de los folios, realizadas en relieve blanco sobre un fondo lila.

feminidad. Y a esta primera impresión se unen, tras la lectura de la carta, rasgos de espontaneidad y delicadeza —no exenta de cierta frivolidad aparente— y un fondo de superstición en el espíritu de la poetisa, que ella misma se encarga de afirmar abiertamente:

“Creía tener ya unos amuletos hechos por los indios de Bolivia y de los cuales destino uno para Vd. Los encargué hace casi un mes, creyendo estarían aquí antes de la partida de Barbagelata. Pero llegarán y le enviaré el suyo por encomienda Certificada. Se llaman “guaycuros traspasados”. Dicen que traen fortuna. ¿Vd. es supersticioso? Yo sí lo soy y espero que mi guaycuro me traiga la fortuna...” (fol. lv).

III) Y llegamos al último apartado y el primero en cuanto al interés literario que las noticias nos reportan, en el que la cuantía de pequeños detalles percibidos nos obliga a buscar aproximaciones en las siempre disímiles experiencias de los escritores analizados.

Un capítulo lo ocupan aspectos que podríamos denominar de “Sociología literaria”. Dentro de él encuadramos información sobre las relaciones de los autores hispanoamericanos con editores europeos, o la inexistencia de las mismas. En este sentido destacan las cartas de Amorim, que nos introducen en una cuidadosa red de editoriales y permiten comprender la penetración de sus obras en el mercado europeo; las de Carpentier, que nos ponen al corriente de sus contactos con Raymond Queneau, a través de Roger Caillois, y su acceso posterior a Ediciones Gallimard; y las de Carlos Droguett, como exponentes de la penuria en que se debate el chileno en su propio país⁹, y de lo que supuso para su carrera la publicación de *Eloy*, por parte de Seix-Barral.

Un segundo capítulo lo constituyen informaciones sobre el proceso de elaboración de obras, como en el caso de *Los pasos perdidos*, titulada hasta poco antes de su publicación *Las vacaciones de Sísifo*¹⁰, o sobre datación de las mismas, a través de un hecho histórico relevante. No es muy corriente este último caso, pero se da en algunas cartas,

⁹ Las quejas que emite Droguett sobre el ambiente mediocre de Chile, que coarta las posibilidades creativas de un autor, son dramáticas y coinciden plenamente con la pintura que del Chile de los años cincuenta realiza José Donoso (*Historia personal del boom*). Barcelona, Edit. Anagrama, 1972, pp. 25-35.

¹⁰ Título que nos permite analizar el pensamiento del protagonista a través del personaje mítico que sirvió de referencia culturalista a Carpentier para crearlo.

como la enviada por Enrique Amorim desde Buenos Aires, el 8-IV-1947:

“Como habrás visto en el colofón, la novela que te envié salió el día de la liberación de París. Aquí vivimos días de gran tensión. Y los seguimos viviendo...”

E indudablemente Amorim se refiere a su novela *La luna se hizo con agua*, que fue publicada el 25 de agosto de 1944¹¹.

Un tercero, lo ocupan los continuos juicios que los escritores emiten acerca de su estilo, de sus obras o de las obras de sus coetáneos. Por él nos enteramos que Carpentier encuentra algunos de sus cuentos “muy Baroque y bastante Miomandre”; que en el chileno Droguett domina un afán perfeccionista por conseguir su “estilo insolente y corrosivo”, lo que le lleva a reelaborar continuamente sus obras y a huir de “frondosidades y barroquerías”; que en *La rosa de los vientos* Juana de Ibarbourou se había propuesto cambiar su poesía hacia formas más modernas; y, en fin, que en la novela *Paradojas morales e inmorales* (1947), de Juan Pablo Echagüe, hay un voluntario deseo, por parte del argentino, de aproximarse a sus maestros, que son los prosistas franceses, Miomandre entre ellos.

Un cuarto y último capítulo lo componen aspectos relacionados con la crítica textual, imprescindibles para la elaboración de ediciones críticas, de las que tan necesitados están los estudios de Literatura Hispanoamericana. Se trata de tres poemas mecanografiados, pertenecientes a Gabriela Mistral (“Campeón finlandés”) y a Miguel Ángel Asturias (“Meta vertical” y “Amanecer en el delta del Paraná”).

Los dos primeros –“Campeón finlandés” y “Meta vertical”– presentan variantes significativas, no siempre favorables a los poemas editados. Brevemente expuestas son:

CAMPEÓN FINLANDÉS¹²:

– Cambios de, al menos, un vocablo, en los versos 5, 13, 17, 19, 20, 28, 31, 48, 49 y 50.

¹¹ Buenos Aires, Ediciones Claridad, 1944.

¹² Cotejo realizado con la edición de *Poetas completas*. Madrid, Edit. Aguilar, 1976, pp. 677-679. No he tenido en cuenta las variantes suprasedimentales (comas, acentos, etc.).

- Cambio hiperbático en el verso 4º. (Edición: “de heridas respunteado y apurado”; copia: “respunteado y apurado de heridas”).
- Cambio en la colocación del adjetivo; v. 21. (Edición: “bautizada frente”; copia: “frente bautizada”).
- En la edición del v. 12 no produce separación estrófica y creo que se trata de una errata de impresión, ya que la cuantificación versal que utiliza la poetisa en este poema es de cinco o seis versos.
- El verso 49 de la edición consta de diez sílabas. La cuantificación silábica exige once, como el de nuestra copia.

METAL VERTICAL¹ :

- En la edición el poema ha sufrido, entre otros, un proceso de reducción del número de versos -92 frente a los 95 de la copia mecanográfica-. Las mayores transformaciones se observan al comienzo y al final del poema. (Edición: “¡Salve, arquitectos, edificadores/ os habla una ciudad por las ciudades!/ El sol al sumergirse en el Océano...”; copia: “Arquitectos sacadme de la idea,/ transparentes, material sin memoria,/ pensamiento de planta con flor viva,/ yo necesito ser edificada./ El astro sumergido en el oceano...”; final edición: “... regalado en la altura. ¡todo vivo,/...”; final copia: “... regalado en la altura. Araucarias/ los rascacielos áureos. Todo vivo,/...”.
- Cambios de, al menos, un vocablo, en los versos 21, 22, 32, 33, 34, 52, 68, 71, 84 y 91.
- Cambios de, al menos, un fonema, en los versos 6, 22, 26, 27 y 35.
- ¿Hay dos erratas en la edición? En el v. 79 pone “crearan”; el contexto exige “crearán”. E igual ocurre en el v. 84; la edición registra “tu” y en el contexto exige “su”. En ambos casos la copia mecanográfica los trae correctamente.

¹³ Cotejo realizado con la edición de *Obras completas*. Madrid, Ed. Aguilar, 1969, t. I, pp. 987-990.

Y llegamos, y con esto concluimos, a la joya del epistolario, el poema "Amanecer en el delta del Paraná", fechado por el propio Asturias el 4-XII-1949, es decir, elaborado en Buenos Aires y correspondiente al período final de su poemario *Sien de Alondra*. Diversas indagaciones, entre las que destacan una entrevista con la viuda del escritor y contactos con la Association Amis de Miguel Ángel Asturias, nos llevan a la conclusión provisional de que nos encontramos ante un poema inédito, y, desde luego no está publicado en el anterior libro de poemas, donde encajaría plenamente por la fecha y el lugar de elaboración. Lo ofrezco a la revista EPOS como auténtica primicia literaria y lo incluyo a continuación.

AMANECER EN EL DELTA DEL PARANÁ

*Dime, primor del alba,
granada al blando espacio
que las alas ya cálidas descifran,
d[ó]nde comienza el día,
cu[á]ndo comienza el día,
cómo comienza, se hace
esta nueva alegría.*

*¿La yerba ve el color de la aceituna
que toma la tiniebla para dejar el agua,
trepar por entre islas, pastizales y aceites
y convertirse en sombra de árbol ya anegado
en luz del firmamento?*

*El río es el coloquio del trino y la molicie
cuando en su lecho andante se despereza
el día, lo mudable, la inocencia de Dios que no consume
lo que en su ardor se quema
para que siga el tiempo
al comenzar el día,
como el agua pastosa que en el delta
camina adivinando
de un reino a otro reino de la vida
los profundos caudales del principio:
el hueso del durazno, su vello de oropéndola,
la violenta dulzura de la sangre en manzana
que complota contra el seño de la pera desvestida
de su cáscara verde. País de los isleños.
Tantas horas de chuparse los dedos
entre cañas flexibles, vaporosas,
y columnas de álamos,
líquidos ascendientes del espejo
desde el obscuro fondo de su légamo.*

*Morena flor de amores palidecida apenas
y ya eternizada, tú que eludes
al sol, dí dónde empieza
a deshue[s]arse el oro de su metal de ganglio
para saber acaso, dónde comienza el día,
cu[á]ndo comienza el día,
cómo comienza, se hace
esta nueva alegría.*

*La sed. Todo principia
en la rueda dentada de la corola ígnea,
mientras del leño brota la sangre vegetal enrojecida
por el fuego que es sangre
combustión de savia, entre rocío, sudor de amaneceres,
cuando sobre la nada de la casa del hombre
emerge el humo
que es tan im[a]gen de su propio sino.*

*Ascensión animada, esplendorosa,
del color y la forma gravitantes,
del sueño que se engasta en realidades
junto a todo lo quieto de la vida,
lo horriblemente quieto del agua en los zanjos
del agua color de berenjena,
de la sombra que lleva a los canales
el rosado temblor de las hortensias,
señalad ese límite preciso, la cifra
en que comienza el día,
para que detengamos los sentidos,
la fruición de la dicha colorida,
y seamos ese ser inteligente
que despertó con vida entre los ojos,
seguro de sus dudas infinitas,
blando como animal y tan contento
en ese instante en que amanece el día.*

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Buenos Aires.
Tigre.-4 de Diciembre de 1949.